

Celular con vida...



No encuentro un término mejor que el de alegría serena, para describir el ambiente del hospital en las mañanas del domingo, cuando termina la guardia del sábado y nos marchamos al hogar de cada uno.

Las crisis a veces unen más a los hombres y en cada guardia, se suele llegar a momentos de tensión extrema que ponen a prueba los nervios de veteranos y novatos. Pero el domingo, la tormenta ya pasó y ahora se vive la alegría serena del regreso a casa. Y todos se despiden contentos.

- *¡déjenme absorber los océanos de alegría que nos regala el sol...!* – bailoteaba alegre en la playa de estacionamiento uno de los médicos pediatras novatos, mientras se dirigía hacia su auto - *¡déjenme ser, para que ustedes puedan ser o no ser...!* – le gritaba al frente del edificio del hospital, como dirigiéndose a los enfermos que lo habitaban durante esa mañana - *¡déjenme vivir en cada fibra de mi cuerpo con una alegría serena, cubriendo todo el universo con su luz!* – seguía hablando en una inspiración poética, propia de su primavera juvenil.

Sombrío y de abrumadora responsabilidad, el trabajo realizado en la Unidad de Emergencia, muchas veces hacía difícil lograr esa alegría serena del deber cumplido al retirarse de su guardia. Y sin embargo, para un médico de emergencias ¿habrá algo más necesario que esa alegría serena?

El sueño del auto propio, aunque fuera usado, había sido alcanzado por Diego Andrés, nuestro promisorio y poético pediatra de guardia. Pero auto viejo y mujer joven, suelen traer problemas tras problemas. Y ese auto, no era la excepción.

- *Me costó arrancarlo pero una vez que le encontré la lógica, va prácticamente solo* – me aclaró entusiasmado y a los gritos desde la ventanilla baja de su auto. Me limité a sonreírle y a saludarlo, con el pulgar hacia arriba de mi mano. Lo vi alejarse en medio de una nube de humo gris de su escape y me acomodé en el asiento de mi auto, seleccionando la música que quería escuchar. Mientras lo hacía, pensé en las cosas que había dicho el pediatra joven y me sonreí.

Avancé contemplando la calle arbolada, llena de sombras y de rayos de sol filtrándose entre las hojas diminutas de las ramas. Pensaba en que me gustaría vivir en una casa de dos plantas, con una cochera y sobre esa misma calle arbolada. Un perro callejero se paseaba solitario, sin rumbo y con la tristeza de la libertad absoluta. Una mujer paseaba un viejo perro, prisionero de correa y de collar, resignado a su destino de mascota. Los pájaros trinaban tonadas nuevas, como pretendiendo alcanzar a mis oídos y ganarle a la música que escapaba de mi estéreo.

Y a los pocos minutos de la famosa calle de las tiendas, en la primera curva grande, un enorme colectivo se encontraba detenido. Contra él, yacía incrustado y deformado

un auto viejo. Algunos pasajeros del colectivo se habían bajado, una pareja de ancianos en pijama, miraba desde el balcón de una casa y un diariero, intentaba mirar adentro del auto siniestrado. Era fácil intuir de quien se trataba... aunque yo intentaba negarlo. Un poco deformada, la cola del auto era la misma.

- *¡Que tonto ese muchacho...! ¿Por qué no se bajará de una buena vez, del auto?*
- comentaba en voz alta una mujer envuelta en una gruesa bata azul, coronada su cabeza con rulos y blandiendo una voluminosa escoba. Detuve mi auto, justo frente a la casa de ella, mientras recibía en mis zapatos la polvareda de su limpieza matinal.

Me fui acercando con precaución hasta el auto siniestrado, con el maletín en mi mano. A lo lejos se escuchaba inconfundible el sonido agudo de una ambulancia o un patrullero. Habían conseguido abrir una de las puertas y procuraban sacarlo al conductor...

No respiraba. Flácido e inerte, ni siquiera un latido de vida se escuchaba, ni siquiera una mínima expresión de quien había sido, quedaba de recuerdo en ese cuerpo maltrecho y cubierto de sangre. Intente resucitarlo... me ayudaron mis colegas de la ambulancia, pero solo una sabana blanca cubrió nuestra impotencia y bajo como un telón, que ponía fin a la tragedia de una vida que termina así. Por sus manos, tan solo lo reconocí... era el joven y poético pediatra de mi guardia, que minutos antes se había despedido de mí.

Y de repente comenzó a sonar su teléfono celular todavía colgado en la cintura. Hasta me parecía ridículo verlo sonar, imposible. Era como si algo de mi compañero, todavía estuviese vivo. En cada ring y mientras titilaban las luces del teclado, sentía que mis entrañas se desgarraban, al imaginarme que alguien presentía la crueldad del desenlace. Dejó de sonar, pero a los pocos instantes, sonaba todavía con más y más fuerza. O por lo menos, a mí me parecía.

- *Hola...* – dije al contestar el teléfono, haciendo caso omiso de las recomendaciones de no tocar las pertenencias del muerto.
- *Papi... ya me tomé toda la leche y te estamos esperando para salir a pasear...* - me habló una vocesita, demasiado tierna, demasiado frágil, demasiado llena de pureza.
- *Me voy a demorar, pero te quiero mucho, mucho...* - contesté. Nunca sabré si fue mi boca la que habló... yo no recuerdo haber movido mis labios. No sé si hice bien o si hice mal... Ni siquiera me sentía con vida, en esa calle arbolada, en que los pájaros trinaban su serenata final.

Fin
Fin